



Even

El
Camino

ATHALIA'S

Introducción

No fue consciente del silencio atronador ni la peste a muerte hasta que un sonido quebró el aire: no del viento que se levantó de pronto, sino de la puerta que, empujada por éste, se abría y cerraba al chocar con algo que la obstruía desde dentro.

Fue en ese instante en que Evren lo sintió. Como una garra fría oprimiéndole el corazón, el miedo le atenazó la garganta.

Soltó el trineo y corrió.

No le importó el silencio.

—¡Mamá! ¡Abuelo, abuela!

Empujó la puerta con fuerza hasta que logró abrirla.

Deseó no haberlo hecho.

Durante los años siguientes deseó mil veces no haberlo hecho.

El olor lo golpeó con la fuerza de una maza: la sangre, la carne desgarrada, la muerte se olía en el que había sido el centro de su hogar, el salón donde su familia comía todos los días.

—¡Mamá! ¡Mamá!

Llamó a gritos, con desesperación, pero nadie respondió, nada se movió.

«No, no, no, no», pensó frenéticamente.

Aunque estaba cansado y débil, aunque el terror le helaba las entrañas y espesaba su mente, se concentró para lanzar una oleada de ultrasonido, y en el segundo que tardó en regresar a él rezó por primera vez en su vida: rezó para que nada estuviera mal.

Primero

El mundo de Evren estaba formado por sonidos, olores y las formas que dibujaban sus manos. Le habían enseñado a prescindir de la vista todo lo posible, pero no fue hasta los cuatro años que dio uno de los más grandes pasos de su vida.

Sucedió cuando, siguiendo las enseñanzas de su abuela y su madre, aprendió cómo dominar aquellas el ruido que salía de su cabeza como una honda y regresaba formando contornos de los objetos que lo rodeaban.

Una vez dominado el ultrasonido que le permitiría percibir lo que no podría ver, su familia le dio su primer juego de pañuelos: cinco telas gruesas y opacas, de tacto un poco áspero y el tamaño perfecto para que pudiera anudárselas alrededor de la cabeza para cubrir sus ojos.

Contempló por última vez un atardecer. Aunque tenía cuatro años observó hasta que el sol desapareció por completo, pues lo habían preparado para no ver nunca más. Después él mismo se ató la venda, sumiéndose en la oscuridad como habían hecho su madre y sus abuelos antes que él.

Por supuesto, le costó acostumbrarse. Muchas veces añoraba cosas tan sencillas como el brillo del sol o el ondear del pelo de su anciana abuela mientras cuidaba del huerto. Tenía cuatro años y sabía que no volvería a ver una flor mecida al viento, ni siquiera la vieja casa de piedra en la que vivía.

La tentación llamó a su puerta mil veces, pero todas ellas Evren las rechazó, porque la lealtad que sentía por su familia era mucho mayor que la debilidad por la vista. Incluso cuando la necesidad lo obligaba a quitarse la venda, como al lavarse, mantenía los ojos firmemente cerrados.

Nunca se cuestionó realmente por qué. Todos en su familia lo hacían. Todos habían rechazado la visión en favor de los otros sentidos. Su abuelo decía que en el mundo no había nada que valiera la pena ver de verdad, que todo lo que importaba podía ser percibido, y lo era, con los oídos, con el tacto y con el corazón.

~ 3 ~

Durante los primeros años en las tinieblas fue su abuela quien le enseñó a moverse en la casa: lo ayudó a desenvolverse en el amplio espacio que formaba el corazón de su hogar, donde cocinaban y comían, y por las dos habitaciones, una que compartía él con su madre, y otra para sus abuelos.

Evren desconocía quién era su padre, y aunque en su adolescencia tuvo algunos interrogantes no les dio mayor importancia. Una parte de sí mismo quizá intuía la verdad, pero la enmascaraba con la idea de que el hombre que lo concibió no podía aceptar el modo de vida de su familia, y por eso los había abandonado.

Nunca le hablaron de los cazadores de mutantes que habían encontrado a su madre sola en el bosque, joven, vulnerable y ciega. No le dijeron cómo la habían acorralado como a una bestia, cómo habían arrancado su venda y sus ropas y cómo, uno a uno, la habían violado.

No sabían cuál de los cinco hombres era el padre del niño que arraigó en su vientre, y tampoco hicieron nada por averiguarlo. La mujer dejó de pensar en las vejaciones a las que la habían sometido, y se volcó por completo en el cuidado de su retoño no nato.

Ni por un solo instante Evren fue rechazado por ninguno de los miembros de su familia. Lo aceptaron y amaron, y así habría sido aunque no hubiera heredado de su madre los ojos plateados y la habilidad de percibir lo que no veía con los sonidos que brotaban de su mente.

Pero lo había hecho.

Mientras aprendía a vivir como el resto de su familia permanecía con su abuela. Su abuelo cazaba para traer carne, aunque nunca de los mutantes: costaban de digerir y a menudo hacían enfermar. Su madre vagaba sola por campos y bosques, buscando en la tierra mustia hierbas curativas o aromáticas, cualquier cosa que fuera útil para el hogar.

No había otros niños cerca de Evren. Nunca vio ninguno: no hubo vecinos ni amigos ni más familia de la que tenía. Sus relaciones eran esas tres, y no había nada más.

No se podía entablar ninguna clase de relación con los mutantes, al fin y al cabo.

~ 4 ~

Eran agresivos, brutales, más salvajes que los lobos, osos y zorros que habitaban en el bosque. Eran intratables. Eran bestias descerebradas que sólo pensaban en comer y matar.

Y en cuanto a los humanos... Su familia los rehuía. Eran peligrosos para ellos.

~ 5 ~

El Camino
Bonus de: Sacrificio
Por Athalia's
www.athalias.es

Segundo

Hacia años que los humanos se habían recluso en sus ciudades. Fortificados tras sus murallas y las cúpulas de energía sobrevivían a la mutación genética exiliando al exterior cualquiera que se saliera de unos cánones.

Llegó un punto en que aceptaban cabellos rubios, castaños, negros. Los albinos y pelirrojos eran expulsados. Se normalizaron los ojos azules, verdes, marrones o grises. Todo aquel que mostrara los iris de color violeta, rojo o negro, que sufrieran de aniridia o heterocromía... Incluso los ciegos fueron echados sin contemplaciones de las ciudades como portadores del gen que estaba convirtiendo a los hombres en bestias sin raciocinio ni inteligencia.

Fuera y dentro de las murallas se reproducían los mutantes. Poco a poco los humanos perfeccionaron la habilidad de purificar el agua, hacer crecer alimentos intactos, y reutilizar el aire. Con eso las apariciones *extrañas* fueron remitiendo, pero jamás desaparecieron del todo: un niño con zarpas lobunas, una niña con cola de cabra, gemelos siameses con corto hocico felino.

Estos pobres desgraciados eran asesinados sin contemplaciones en la mayor parte de las ciudades, muchas veces al poco de nacer, por mano de sus propios padres. Los que intentaban proteger a sus retoños mutantes, ya fuera por ojos bicolor, por una espalda cubierta de escamas o por el crecimiento de un tercer brazo, eran juzgados como traidores al orden público y ajusticiados junto a la criatura.

Algunas poblaciones se jactaban de mostrarse más misericordiosas. Los niños no eran asesinados: eran expulsados junto a quien quisiera ir con ellos. A menudo los bebés no sobrevivían un día entero, pero a nadie le importaba, pues eran mutantes, una degeneración de la humanidad. El hombre debía superar aquel bache y no dejarse arrastrar por la involución de su especie.

Los antepasados de Evren vivieron de primera mano aquella situación. La mujer lloró amargamente durante dos días, negándose a soltar a su segundo hijo, que había nacido con los ojos completamente blancos, salvo por una diminuta pupila negra que se

movía para observarlo todo con curiosidad cuando estaba despierto.

Fue una dura decisión. Tenían que pensar en su otra hija, una niña que adoraba a su pequeño hermano. O acababan con el recién nacido, o se marchaban todos a vivir al exterior, con los mutantes y el riesgo de mutar ellos mismos.

Al final fue la niña la que calmó a sus padres al decir que si su hermano ya era un mutante, y era tan pequeño, tan tierno y bonito, ¿por qué debían tener miedo de lo que hubiera ahí fuera, o de que sus propios hijos nacieran iguales?

De modo que una noche hicieron las maletas y se marcharon. Un amigo de la familia abrió las puertas auxiliares para dejarlos ir sin que nadie lo supiera, y sencillamente desaparecieron de la ciudad en busca de un futuro para su hijo de ojos blancos.

Ahí fuera estuvieron a punto de morir varias veces, pero encontraron la casita de piedra, muy lejos de cualquier ciudad de hombres, y se asentaron en ella. La fortificaron: la rodearon de trampas y vallas, se aseguraron de que tanto humanos como mutantes lo tuvieran difícil para llegar hasta el pequeño niño, cuyos ojos se volvieron grises como plata líquida.

Tuvieron que aprender a defenderse. Pronto las armas láser dejaron de funcionar, y aunque más rudimentarias, las armas de fuego eran más sencillas de conseguir, por obsoletas. Con balas, cuchillos y palos se protegieron del peligro exterior, y sobrevivieron.

Cada miembro de la familia aprendió cómo empuñar una pistola y una navaja para cuidar de sí mismo y del resto, en especial cuando los que tenían los ojos de plata comenzaron a vendarse para no ver, ni ser vistos.

Evren tenía ocho años el día en que su abuelo le puso solemnemente un rifle en las manos, y lo empezó a adiestrar.

—La gente de las ciudades... —dijo el anciano—... Ellos prefieren las armas láser. Son pequeñas, muy portables y sin retroceso. El único peligro es lo que se calientan por dentro si se usan mucho tiempo seguido. Son endebles. Son falsas.

—¿Falsas?

~ 7 ~

—Las balas son reales. Las armas de fuego tienen peso y fuerza, algo indispensable para que su uso se vuelva verdadero. El láser parece de mentira.

Evren palpó el largo cañón del rifle. En efecto pesaba, era duro y tangible.

—Está frío —comentó.

—Sí, lo está. Un arma debe serlo, ¿no crees? Sirva para lo que sirva, es un instrumento de la muerte.

Notó un tirón, y supo que su abuelo le había cogido el rifle con firmeza. El niño contenía el aliento, pero sentía el del anciano muy cerca de su rostro.

—La uses para lo que la uses, un arma sirve para matar, y nada más. Tienes que saber cuándo disparar, Evren, porque no todo se arregla a punta de pistola.

—Lo sabré —prometió el niño—. Sabré cuándo disparar.

Oyó la queda y áspera risilla de su abuelo, y después notó su mano acariciándole la cabeza.

—Claro que sí —asintió—. Yo voy a enseñarte a hacerlo. Te enseñaré cuándo es inevitable y honorable matar: cuando no hay otra manera de proteger a tu familia, proteger tu hogar, o conseguir comida.

—¿Puedo cazar contigo?

—Todavía no, chico. No tengas prisa. Tarde o temprano lo harás, desde luego pero por ahora no. Primero tienes que aprender a disparar. Y espero que aprendas deprisa, hijo, porque las balas cuestan mucho de conseguir.

—Lo haré lo mejor que pueda, abuelo.

—Lo sé.

Aquel día Evren comenzó a entrenar.

Tercero

A los once años, Evren seguía entrenando sin descanso. Practicó con fiebre y con lluvia, sin dejarlo pasar ni una sola vez a pesar de las recomendaciones de su abuela y su madre. Su abuelo estaba muy orgulloso de él.

—Será más sencillo cuando tus presas estén vivas —le recordaba a veces—. Las dianas son inertes y muertas, no respiran ni se mueven, así que no puedes oírlas.

—Puedo oírlas —replicaba él en cada ocasión, sin moverse—. Oigo el viento que cortan.

Después disparaba.

Su puntería mejoraba. Aunque vivía en la oscuridad y no podía ver, cada vez sus disparos eran más certeros. Recordaba las formas de las dianas tras haberlas acariciado mil veces, y sabía calcular la distancia que los separaba para comprender dónde se encontraba el centro.

También recordaba las formas de los ciervos, los jabalíes, los zorros o los cocodrilos que su abuelo había cazado para comer.

Y pronto, pensaba con excitación, saldría a rastrear a sus presas, comprendería su movimiento, su respiración, y no sólo su cuerpo frío.

Aquel día Evren entrenaba como nunca había dejado de hacerlo desde los ocho años. Su abuela estaba en la casa, preparando la cena; su madre se encontraba en el bosque, recogiendo hierbas.

—Me preocupa que esté sola —comentó el chico de pronto—. Me preocupa que le pase algo.

—Tu madre sabe defenderse, Evren.

—No, no sabe. No va armada.

—Lleva la hoz.

—La hoz es para cortar hierbas, abuelo. Es pequeña.

—Tu navaja también lo es.

~ 9 ~

—Mi navaja se clava. Esa hoz no.

Escuchó la queda risilla del anciano.

—Es verdad, tu madre nunca ha sido muy propensa a ir armada —admitió—. Pero no te preocupes. Los animales no la atacan si se muestra serena y capaz, y de eso sabe mucho.

—¿Y los mutantes?

Su abuelo calló.

Entonces Evren escuchó algo más, algo distinto: pasos desconocidos, y demasiado cerca. No eran garras animales ni la brusquedad de la mayor parte de los mutantes. Pasos. Pasos como los de su madre o sus abuelos, pero no eran de ninguno de los tres.

Instintivamente apuntó con su arma.

Se oyó un clic que nunca antes había oído: un arma láser preparándose para disparar.

—¡Suelta el arma! —ordenó una voz desconocida—. ¡Ahora mismo! ¡Suéltala!
Más clics.

—Hazlo, Evren —murmuró su abuelo, poniéndole una mano en el hombro.

Dudando él obedeció, porque confiaba en su familia más que en nada. Bajó su pistola, apuntando al suelo, pero no la soltó. Debió ser suficiente.

—Identificaos —dijo ese desconocido.

—Mi nombre es Rudgert —respondió el anciano con brusquedad, en tono hosco, más de lo habitual—. Este es mi aprendiz, Evren.

El niño no cambió su expresión, pero le sorprendió que lo tratara de aprendiz. No obstante entendió a algún nivel que los lazos familiares eran su fuerza, pero también una debilidad: si lo atrapaban y lo usaban contra su abuelo, ¿podría éste luchar por los demás?

—¿Qué hacéis aquí? —exigió saber el que parecía el cabecilla del grupo.

—Este es nuestro hogar.

Evren escuchó resoplidos y una especie de risa.

—¿Hogar? —preguntó una voz burlona y aguda—. ¿Esto? Es una chabola que se

cae a pedazos. Es patético.

—Sigue siendo nuestro —replicó el abuelo.

—En el exterior nada pertenece a nadie —resopló la primera voz, la de un hombre agresivo, de mediana edad y muy dominante—. ¿Qué hacéis aquí?

—Es donde vivimos.

Hubo silencio unos momentos. Luego el desconocido volvió a hablar, más apremiante, más rudo:

—Quitaos las vendas.

Evren contuvo el aliento, alerta.

—No lo haremos —negó su abuelo.

—¡Quitaos las vendas!

—No. Forma parte de nuestra cultura, y la ley dicta que no tenéis derecho a robarnos nuestros rasgos culturales.

—¿Cultura? ¿Qué cultura? Sois un anciano y un niño.

—Sigue siendo...

—¡La ley sólo se aplica a los ciudadanos! ¡Ahora quitaos las vendas si no queréis que os tratemos como a mutantes!

La certeza de ser asesinados como a bestias peligrosas golpeó a Evren como una maza. Actuó por instinto: alzó el arma y disparó.

Nunca llegó a saber si dio en el blanco. Su abuelo le ordenó parar, se abalanzó sobre él, hubo gritos, alguien tiró de su arma, sintió algo frío en la sien por un instante...

Y luego escuchó el golpe. Nunca lo había oído, pero lo supo. Acababan de golpear al anciano con un arma, probablemente en la cabeza.

—¡Abuelo! —exclamó.

Lo asió del brazo, intentando apartarlo del peligro.

Estaba siendo emocional. Ser emocional era peligroso. Sus acciones serían obvias si se movía por amor, por ira o por miedo, y fue por eso que uno de los cazadores logró golpearle las corvas con un palo, tan fuerte que lo hizo caer con un grito al suelo.

—¡Evren!

Otro golpe, más fuerte ahora. El chico, poco más que un niño pequeño, se levantó llamando a su abuelo, con las piernas temblándole por el dolor. Había perdido su arma.

—¡Quieto! ¡Quieto te digo, mocoso, o te pego un tiro entre ceja y ceja!

Evren no escuchó. Siguió la voz para abalanzarse hacia su enemigo.

Entonces sintió el calor: un calor brusco, intenso y rápido que le pasó cerca de la mejilla, pero sin herirlo.

Le habían disparado.

Dispararon... Pero no le dieron.

Entonces fue consciente de que aquellos hombres entrenados para matar mutantes, aquellos que confiaban en la vista para cazar, podían errar, podían fallar el tiro.

De algún modo aquello lo hizo sentir mejor. Sus emociones se apaciguaron como un mar en calma, y supo sin lugar a dudas que no podían hacerle daño, porque él no dependía de la visión para moverse, y ellos sí.

—¡No te muevas, joder!

Escuchó un quedo clic justo cuando se ladeaba hacia la izquierda. El disparo pasó rozándole el pelo, y Evren embistió a su enemigo. Golpeó las manos hacia arriba y una de las rodillas, haciendo que se tambaleara. Le robó el arma, la tomó y apuntó al cazador con ella.

—¡Hijo de puta!

Lo notó. Notó cómo se movía, intentando salir del punto de mira para atacarlo por otro flanco, pero el cañón de la pistola láser lo siguió.

Entonces todo quedó inmóvil.

Nadie dijo nada. Nadie se movió. Podía oír las respiraciones: los tres hombres, su dolorido abuelo, y su propio y controlado aliento.

—Eh —su enemigo jadeó—. Eh, chaval... Suelta eso, anda... Vas a hacerle daño a alguien...

Evren se preguntó cómo podía ser tan falso ahora, tan desesperado por preservar su vida.

Pero oía al anciano, al que habían golpeado.

—Vamos, soltad al viejo —ordenó el cazador—. ¡Soltadlo!

Escuchó los pasos alejándose un poco, el jadeo de su abuelo.

—¿Lo ves? —hubo una leve y nerviosa risa en el fondo de aquella voz—. Bueno, no lo ves... Eh... Lo hemos soltado. Nos vamos, chaval. No queremos problemas. Sólo vamos de caza, chico.

Se irían, sí, pero también volverían. ¿No era lo que hacían esas personas? Regresarían con más fuerzas, mayores en número, y se vengarían por su osadía.

Evren movió un poco la pistola. Escuchó a su enemigo jadear de alivio, pero la respiración se entrecortó cuando vio que el cañón del arma apuntaba un poco más arriba: directo hacia su boca, allí donde él notaba que empezaba su respiración.

—No... No, no... ¡No!

El niño disparó.

El láser atravesó y quemó la carne.

El cuerpo cayó. Hubo más gritos. Alguien se abalanzó sobre él, pero Evren lo escuchó llegar, lo esquivó y después golpeó con la culata. Notó el salpicón de la sangre manchando su rostro, su venda y su pelo: le había arrancado el oído.

Entre los alaridos del herido, el tercer cazador disparó. El niño se agachó para esquivarlo, giró con facilidad en el suelo y apuntó hacia la atronadora respiración de su enemigo. El tiro detuvo su respiración.

Los pasos desiguales del único que faltaba, el que sangraba mientras corría por su vida, resonaban igual que tambores. El brazo de Evren se movió en su dirección, y con completa certeza apretó el gatillo una última vez.

Tras unos instantes también ese cuerpo cayó al suelo, inerte, y por fin todos los cazadores quedaron silenciados.

El niño se quedó inmóvil, apretando con fuerza el arma láser. Sentía su cuerpo en tensión, la tensión perfecta para la lucha, para la caza. Podía oírlo todo: su respiración calmada, el firme latido de su propio corazón, y el aliento tembloroso de su abuelo, que se acercó con sonoros pasos.

—Dámela, hijo —pidió—. Dame la pistola.

Sintió los dedos del anciano acariciando los suyos. Poco a poco Evren aflojó su presa, y el hombre le quitó el arma con suavidad.

—¿Abuelo? —dijo, y su propia voz le pareció demasiado fuerte en el silencio.

—Estoy aquí, muchacho.

—Tenías razón, no me gustan las láser. El retroceso es ridículo.

Con un suspiro el anciano lo estrechó entre sus brazos. Evren No se movió, ni siquiera cuando se dio cuenta de que su venda estaba mojada de lágrimas, y su cuerpo temblaba como una hoja.

<¿Por qué estoy llorando?> Se preguntó con sorpresa.

Cuarto

En completo silencio su madre le estaba lavando el pelo, con gran ternura. Su abuela había hervido el agua con algunas hierbas aromáticas, pero ahora estaban solos.

Era casi un ritual. Cuando su abuelo llegaba con algo de sangre sobre su piel o su ya escaso cabello se lavaba con la misma agua, las mismas hierbas, para eliminar completamente el olor de sus presas.

Salvo que esta vez no era de una presa, sino de un humano.

Evren no decía nada mientras permanecía sentado en el interior de la cabaña y su madre pasaba los dedos por su pelo mojado, dejando caer el exceso en un segundo balde de madera; ella tampoco hablaba. Podían oír a la abuela al otro lado de una barra de cocina, oían sus pasitos, su respiración, y el goteo del agua, pero nada más.

Finalmente el silencio se volvió tan ensordecedor que el niño habló.

—Iban a volver —dijo en voz muy baja—. Si se iban, volverían con más, y entonces nos harían daño.

—Sí —asintió su madre—. Hubieran vuelto para acabar lo que empezaron.

—No lo puedo entender. ¿Por qué nos odian tanto, madre? No somos mutantes. ¿Por qué nos apuntaron con sus armas? ¿Por qué nos gritaron que nos quitáramos las vendas? No los estábamos amenazando.

—Lo sé, cariño —la mujer comenzó a acariciarle el cabello.

—No quería, pero tenía que hacerlo. Era peligroso para la familia.

—Y lo has hecho bien, Evren. Has protegido tu hogar y tu familia como siempre te hemos enseñado. Has obrado como un adulto.

El niño sintió que se le deshacía un poco un extraño nudo que llevaba en el pecho, una tensión que no se relajaba desde que había notado la sangre salpicándole la cara.

—¿Por qué? —preguntó en un murmullo—. ¿Por qué nos querían hacer daño?

Su madre suspiró. Le pareció un sonido cansado y triste.

—La gente de las ciudades tienen miedo, cariño —respondió—. Temen hasta la

paranoia todo lo que vive fuera, como nosotros. Desconfían ya de los comerciantes que viajan entre fortalezas, aunque los aceptan por necesidad. Pero no pueden comprender a los que prefieren este exterior, peligroso y envenenado, a su frío y atestado interior. Sienten miedo de los que son como nosotros y escogen este lugar y sus riesgos a las ciudades.

Evren jamás había estado en una ciudad, pero su familia le había hablado de ellas. Allí las personas se chocaban unas con otras en el escaso espacio que dejaban los altos y coloridos edificios; el olor era intenso, viciado, demasiados aromas en el mismo lugar. Todo era frío e inhóspito, el aire enrarecido, y las personas de maneras hoscas.

Cuando era pequeño soñaba con las ciudades, y no eran lugares seguros: eran el escenario de sus pesadillas infantiles.

Ya no era un chiquillo y se negaba a sufrir malos sueños ambientados en las fortalezas de los hombres, pero aun así la idea que tenía de aquellos espacios le producía desasosiego y temor.

Nunca llegaría a comprender por qué prefería esos espacios cerrados y viciados donde apenas se podía respirar. Él había pasado toda su vida en el exterior que los urbanitas tanto temían, y estaba sano, muy vivo, y más feliz que la mayoría de ellos.

¿Qué era lo que tanto temían? Él no lo entendía. No era capaz de entender el odio hacia lo que era distinto, a lo que señalaba una mutación genética. Las grandes oleadas de mutaciones habían quedado atrás, pero todavía se horrorizaban ante todo lo que era diferente.

—¿Evren?

—Dime, madre.

—No debes odiar, hijo mío. No odies a esos cazadores. Debes sentir lástima por ellos: son criaturas que se mueven siguiendo los mandatos del terror, no del valor, ni tampoco la lealtad.

El muchacho frunció el ceño. Alzó una mano para tocarse los párpados suavemente cerrados, resiguiéndose las largas pestañas.

—Golpearon al abuelo —le recordó a la mujer—. La familia es lo más sagrado.

—Eso es cierto, Evren, ¿pero estás enfadado por ello?

—No. Ellos ya no están aquí. Los he matado a todos. Es solo que no lo entiendo.

Su madre no respondió esta vez, sino que lo rodeó con sus brazos y lo estrechó contra su pecho, muy suavemente, meciéndolo como si fuera todavía un niño. Evren se dejó hacer, suspirando, permitiendo que el amor de su familia terminara de calmar la fría ira que le escarchaba el corazón.

Quinto

Evren nunca llegó a sentirse afín con el resto de la humanidad. No comprendía en absoluto a los hombres que vivían en sus ciudades y cazaban mutantes.

Creció al margen de esa sociedad, relacionándose con su familia, con los animales que se acercaban a su hogar, con la tierra misma a la que, al sustituir a su abuela en el huerto, comenzó a arrancar el fruto.

No hubo más encuentros. O las trampas alrededor de la casa eran lo bastante disuasorias para cualquier cazador, comerciante o viajero que se acercara, o estaban demasiado lejos de cualquier ruta que ellos pudieran tomar, y aquella única y fatídica ocasión en que los hombres llegaron a sus puertas fue una casualidad. No hubo niños, ni niñas, ni adultos de ninguna clase salvo su madre y sus abuelos.

Si sintió deseos de tratar con otros, fue algo que ni él mismo sabía. Su vida era plena y perfecta tal y como estaba, no anhelaba nada más.

A los catorce años Evren dio el siguiente paso en su camino a la madurez: su abuelo lo avisó de que al día siguiente iría con él de caza.

Esa noche no pudo dormir.

El muchacho pensaba en lo que sucedería. Había entrenado en los últimos tiempos y esperaba con anhelo el gran momento que por fin había llegado, pero aun así repasaba sus lecciones una y otra vez, creando escenarios en su mente: diseccionar los sonidos del bosque, rozar las huellas con la punta de los dedos, deslizarse entre los moribundos árboles al acecho de una presa.

Fue el primero en levantarse aquella mañana, y cuando al amanecer su abuelo salió de la cama él ya estaba fuera con su cuchillo de caza. El anciano rió ante su entusiasmo, lo armó además con una pistola corta, y tras despedirse del resto los dos hombres de la casa se marcharon hacia los bosques.

Utilizaron el instinto, el tacto y el conocimiento del entorno para moverse con

sigilo. Su fino oído y el olfato los ayudaron en la búsqueda de una presa, hasta que por fin, tras unas horas, dieron con el rastro de una manada de ciervos.

Un venado era un pequeño milagro, un gran banquete y un rotundo éxito para la primera cacería de Evren. Los animales salvajes tan grandes habitaban mucho más profundamente, se apartaban de humanos y mutantes por igual, huyendo de los depredadores y la brutal agresividad.

Aquella debía ser una manada migrando, cambiando de un territorio casi estéril a otro en busca de tierras más fértiles con las que alimentar a las crías.

Fue un completo golpe de suerte encontrar aquel rastro tan fresco.

—Mira —susurró su abuelo en un tono apenas audible en el bosque.

Evren se agachó, palpando el suelo como le había enseñado. Tocó las huellas, unas sobre otras a veces. Las estudió con sus dedos, rozándolas con mucho cuidado de no estropearlas. Las contó, las resiguió.

—Entiendo —murmuró.

El anciano no esperaba más. El muchacho había notado que algunas de esas huellas eran más débiles, indicando una clara cojera. Uno o más de los ciervos estaban heridos, lo que los convertía en los más vulnerables de la manada, los que no sobrevivirían mucho tiempo en aquel ambiente hostil.

Ambos continuaron la caza sin hacer ruido, en completa comunión con su entorno. Tal vez no podían ver lo que los rodeaba, pero aun así eran más silenciosos, se deslizaban con más sigilo y seguridad de lo que lo haría un cazador común.

Al cabo de unas horas de incansable persecución escucharon las ligeras pisadas de los ciervos.

Evren sintió la tensión, la anticipación enroscándosele en el pecho, pero se las negó. El júbilo debía llegar más tarde, con la presa cobrada, y no ahora que todavía se le podía escapar. Era su primera cacería, y estaba siendo buena, pero no podía cometer ni un solo error. No podía hacer ruido, no podía dejarse ver, dejarse oler ni sentir.

Era su día. Sabía que su abuelo permanecería apartado, dejando que se desarrollara solo, y no sintió miedo. Lo había adiestrado bien.

El muchacho se mantuvo detrás del grueso tronco de un árbol, escuchando las pisadas de los animales que pastaban cerca, sin saber que estaban siendo acechados. Contó ocho, tal vez nueve ciervos. Pocos para un grupo de hembras, muchos para uno de machos. Quizá se habían separado del resto, o puede que fuera una manada nueva.

Evren tomó aire, profunda, silenciosamente, y después extrajo el arma de su funda, colocada en su cadera. La pistola era pesada y fría, y en cierto modo también reconfortante. Estaba acostumbrado a ella, a su contacto. Le resultaba familiar, como una vieja amiga.

En ausencia de la vista utilizó el oído. Lo agudizó al máximo, y durante unos momentos pudo oírlo todo, tanto que resultaba abrumador: cada paso, cada exhalación, cada movimiento, hoja que caía o brizna de hierba que se agitaba.

Seleccionó los sonidos, concentrándose en las respiraciones. Después buscó en ellas la más dificultosa, sabiendo que el ciervo herido estaría más cansado, y su aliento sería agitado por el dolor.

Con mucha lentitud movió el brazo. En completo silencio dirigió el cañón, muy seguro, hacia el origen de la única respiración costosa. Sin una sola duda apretó el gatillo.

El disparo fue atronador en medio del bosque. Los ciervos echaron a correr, alertados, y huyeron adentrándose en la espesura... Todos menos uno.

Apresuradamente Evren y su abuelo fueron hacia la víctima.

Ya no respiraba.

El joven se agachó y palpó el cuerpo caliente y suave. Notó la sangre seca en la pata, y la más reciente escurriéndose por el pelaje de su cuello.

—Un disparo limpio —lo alabó el anciano.

La emoción se enroscaba como una serpiente en su garganta, le roía las entrañas.

Había cazado su primera presa. Rápida y eficazmente, sin causar dolor innecesario, para alimentar a su familia. Lo había conseguido, y se sintió más hombre que nunca.

Si hubiera prestado más atención puede que lo hubiera podido percibir antes.

Quizá si lo hubiera pensado más a fondo, en aquel momento no se hubiese bloqueado.

Tal vez el aislamiento de su familia no lo dejaba tan indiferente como parecía.

Fuera como fuere, Evren apenas tuvo tiempo de sentirlo. Un ruido, un chirrido, y supo que algo se tiraba sobre él, una bestia que cortaba el aire con sus largas uñas y lanzaba un agudo grito mientras intentaba alcanzarlo.

Lo esquivó, pero notó cómo le arañaba la ropa.

Trató de encontrarlo por el oído, pero se movía demasiado deprisa. Utilizó entonces el olfato, y notó el olor pútrido de una pobre bestia contrahecha.

No obstante, aquel olor también parecía el de un humano, como el suyo, como el de su abuelo y su abuela, como el de su madre...

Su dedo titubeó en el gatillo.

Se oyó un potente trueno, y el mutante cayó con un chillido en el suelo, a su lado.

El anciano había disparado sin ningún asomo de duda, adelantándose a su nieto, que había permanecido inmóvil una crucial milésima de segundo.

Evren se sintió avergonzado de inmediato.

—Lo siento —se disculpó de inmediato—. He sido torpe.

—Sí, lo has sido —asintió el anciano—. Has titubeado, ¿no es cierto?

—Sí.

—No puedes sentir lástima por estas criaturas, Evren. Con los mutantes es matar o morir, ya lo sabes. Sólo puedes darles paz.

—Lo sé. Lo sé, es sólo...

Su abuelo esperó. El muchacho se relamió los labios, y al alargar la mano tocó el cuerpo de la bestia que los había atacado. Incapaz de razonar, incapaz de comunicarse o sentir nada salvo dolor y hambre, a veces esas criaturas le despertaban una emoción imprecisa, un interrogante que nunca antes había osado pronunciar en voz alta.

Al menos, hasta ese momento.

—¿Somos como ellos? —preguntó al fin.

—No —la respuesta del anciano fue inmediata y firme, como si llevara mucho

tiempo aguardando para darla—. ¿Qué es lo que te hace dudar? ¿No notas las diferencias?

—Sí, pero también las similitudes. Habitamos fuera de las ciudades, como ellos. Tienen algo que los hace distintos a los humanos, aunque en parte también lo son... Al igual que nosotros.

—No hay nada, ¿me oyes?, nada que nos acerque ni remotamente a estas pobres bestias.

—¿Entonces somos humanos?

Su abuelo pareció sorprendido, porque tardó un momento más de la cuenta en responder, y Evren lo percibió.

—Somos lo que somos, hijo —suspiró el hombre—. No vale la pena hacerse esa clase de preguntas filosóficas. Ahora vámonos, tenemos que volver a casa.

El muchacho guardó silencio y ayudó a su abuelo a coger al ciervo, abandonando allí el cadáver deforme del mutante.

Sexto

La noche había caído, y Evren sabía que a su alrededor todo estaba en penumbra. No había linternas ni velas en su familia, pues ninguno de ellos utilizaba la vista. Percibía el leve zumbido de las luciérnagas sobre el huerto, pero no le molestaban.

Permanecía en silencio, a solas mientras sus seres queridos estaban dentro.

Desde los cuatro años había utilizado la venda que cubría sus ojos. Nunca lo cuestionó. Era un orgullo, el estandarte de su familia, y jamás se permitiría la debilidad de desear abandonarla.

No obstante había dudas en su corazón. No sobre la venda, sino sobre el motivo que los obligaba a portarla.

Cogiéndose con fuerza las rodillas, clavándose los dedos en la tela de los bastos pantalones, Evren puso toda su concentración en esa pequeña luz dentro de su cabeza, y al hacerlo ésta se extendió en una oleada que brotó de su interior, invisible y casi, casi palpable.

La ola regresó a él unos instantes después, provocándole un dolor lacerante en los oídos con su agudo chirrido.

Formó una imagen en su mente, una imagen formada de blancos y negros, de ultrasonidos que vibraban al chocar contra los objetos y devolvían sus figuras.

Evren pudo ver así el huerto que con tanto esmero cuidaban, la conocida casa de piedra, las primeras trampas más cercanas, y más allá también el bosque.

Pero no hubo color.

El muchacho no podía recordar el color de la corteza, el rojo de los tomates ni el morado de las berenjenas. Ni siquiera recordaba el tono de la piedra de su propia casa.

No le importaba. Sabía que así debía ser, y lo aceptaba.

Lo que no lograba comprender, lo que se preguntaba desde hacía más tiempo del que querría admitir, era por qué eso los convertía en un objetivo.

Hacía tiempo los habitantes de la ciudad habían venido y habían apuntado sus

armas contra ellos. Sólo vieron sus vendas. ¿Era motivo suficiente para atacarlos? ¿El hecho de cubrirse los ojos los catalogaba de mutantes?

¿Qué pasaría si conocieran la habilidad que compartía con su familia? ¿Y si vieran el pálido plateado de sus ojos?

Evren suspiró y lanzó una nueva oleada de ultrasonidos. Palpó la tierra bajo sus piernas mientras la onda regresaba, provocándole un agudo dolor de cabeza pero trayéndole la imagen de su abuela que se acercaba sin prisa hacia él.

Todavía emitió una última ola y recibió su respuesta antes de que la anciana se sentara a su lado con un leve quejido.

—Ya no soy una mozuela —rió con ligereza—. ¿Estás bien, querido?

—Has hablado con el abuelo —respondió Evren, más directo.

—Yo siempre hablo con tu abuelo, cariño. Pero sí, he hablado con él.

Ninguno de los dos dijo nada durante un minuto. Se limitaron a estar el uno junto al otro, en silencio, disfrutando del fresco nocturno hasta que la mujer habló de nuevo.

—Fui la primera en poseer nuestra habilidad —dijo.

El muchacho movió su mano y tocó la pierna de su abuela, instándola a seguir. Escuchó el quedo suspiro de su sonrisa mientras ella le rodeaba los dedos con los suyos.

—Nadie de mi familia tenía ningún poder —continuó—. Lo que más recuerdo de mi hermano mayor era el miedo. Siempre me temió, y al final, cuando yo tenía más o menos tu edad, se marchó para no volver nunca. Mis padres en cambio estuvieron conmigo, me animaron a aprender a utilizar la habilidad que me había sido concedida al nacer. Nadie podía enseñarme, pero su apoyo fue más que suficiente para que la dominara.

—¿Por qué se fue tu hermano? ¿De qué tenía miedo?

—De lo mismo que todos los humanos, supongo. De lo que es distinto. Yo poseía un don y él no. No podía comprenderlo. Empezó a quitarse la venda para moverse con mayor soltura; no lo dijo nunca, pero yo lo sabía. Al final la humillación y el temor fueron más fuertes que su amor por nosotros, así que se fue. No le culpo.

Evren desconocía aquella parte de la historia familiar. En realidad, si se ponía a

pensarlo, no sabía nada de sus bisabuelos, y sus abuelos era como si siempre hubieran sido los ancianos que lo habían criado junto a su madre.

No eran propensos a las anécdotas. No se hablaba del pasado, se vivía el presente. Por eso aquella conversación estaba siendo extraña a la par que interesante.

—Tu abuelo era cazador —continuó la mujer—. Salió de la ciudad para limpiar las cercanías de mutantes. Era joven e idealista, o eso dice él. Fue demasiado lejos y se perdió. Lo atrapó la tormenta. Encontró la casa y pidió asilo. Mi madre lo rechazó, pero mi padre tenía un corazón blando y lo invitó, al menos, a pasar la noche, siempre y cuando no fuera descortés.

La palabra “descortesía” no tenía un significado real para Evren. Pertenece a un mundo desconocido, a un mundo donde las personas se herían con sus palabras más que con el filo de un cuchillo.

Para él la cortesía no existía. La sinceridad sí. La naturalidad también.

Y la amenaza.

—Fue encantador —continuó su abuela con voz soñadora—. No aludió en ningún momento a las vendas ni a que no pudiéramos ver, aunque procuró encargarse él de servir la bebida durante la cena. Cuando por la mañana salió bajo la lluvia para traer una codorniz para la comida, mi madre fue incapaz de decirle que se marchara. De modo que se quedó durante un tiempo, incluso cuando pasó el temporal. Permaneció como uno más, haciéndose un lugar en la familia, proveyéndonos de carne que no podíamos obtener por otros medios, porque, Evren, ninguno de nosotros estaba preparado para la caza como él.

Aunque era una mujer mañosa el muchacho no podía imaginarla cazando.

—Pero naturalmente al final se dio cuenta de que había algo extraño en nosotros —siguió—. En mí. Yo me movía con más soltura que mis padres, porque yo, al contrario que ellos, podía ver... A mi manera. Igual que tú.

—Pero al abuelo no le importó, ¿verdad?

—Desde luego que no. Habló conmigo a solas y se interesó por lo que podía hacer. Estaba fascinado. A los pocos días me tomó la mano, se arrodilló, y pidió

quedarse siempre con nosotros, conmigo... Como mi esposo.

—¿Por qué se arrodilló? ¿Le dolía algo?

Su abuela lanzó una cantarina carcajada y le apretó los dedos con gentileza, amablemente.

—¡Ay, querido! —exclamó en tono risueño—. Hay tantas cosas que no hemos podido enseñarte... Pero es mejor así. Se arrodilló porque creyó que debía hacerlo, nada más.

—Ah.

—Tu abuelo tomó la venda aquel mismo otoño. Fue bastante torpe durante las primeras semanas, pero creo que había estado practicando a moverse con los ojos cerrados, porque muy pronto se acostumbró. No ha vuelto a ver el mundo desde que tu madre fue concebida.

Evren tardó unos momentos en darse cuenta de que había acabado.

—Me gusta saber todo esto —dijo—. Pero no entiendo por qué me lo estás contando ahora.

—Porque, cariño, mientras preparaba la ceremonia que me uniría para siempre con tu abuelo yo también tuve las mismas dudas que tú.

El muchacho se movió un poco, alerta. Nunca había pensado que alguien en su familia pudiera haber compartido sus pensamientos, pero si compartían el don, ¿por qué no lo demás?

—Mientras se acercaba el día en que nos uniríamos... —explicó su abuela— yo me preguntaba si aquello estaba bien. Él era un humano de las ciudades, y yo... ¿Qué era yo, que tenía aquel don? ¿Qué era mi familia, con el color plateado de nuestros ojos?

Evren estrechó su mano con firmeza, reconociendo sus dudas en las palabras de la anciana. De nuevo la pudo oír sonreír.

—No somos como las gentes de las ciudades, mi niño —continuó la mujer—. Tampoco somos como las pobres bestias que padecen en los bosques y las montañas. No somos humanos, ni somos mutantes, pero, tesoro, ¿tan importante es saber qué eres, además de un miembro de esta familia?

El muchacho pensó muy bien la respuesta antes de decirla.

—No. Aun así no lo comprendo, y me siento perdido.

—Oh, querido, lo sé.

Los delgados brazos de su abuela lo rodearon, y él, como cuando era niño, se apoyó en su hombro, dejando que le acariciara el pelo con los finos dedos.

—Se pasará, tesoro —le aseguró la anciana—. Mientras tanto, no estarás perdido mientras sepas quién te quiere. Basta con que sepas que formas parte de esta familia, y que nunca estarás solo.

Séptimo

Evren no pensó en la sensación de aislamiento que a veces lo había acosado. No pensó en dónde estaba su lugar, pues sabía que estaba allí, con su familia, y que aquellos pensamientos y esos sentimientos pasarían con el tiempo.

Sus expectativas en la vida eran cuidar de sus abuelos y su madre, proteger su hogar y a su familia. Cazaba, se encargaba del huerto, y todo iba bien.

Así fue hasta un día en que las plantas medicinales no fueron suficientes, y su abuela, febril y con unos terribles vómitos, no pudo levantarse de la cama.

Aquella mañana su madre se acercó a él.

—Tienes quince años, y ya eres mayor —le dijo con voz muy suave—. ¿Entiendes que la abuela se está muriendo?

Evren asintió, con el corazón en la garganta. Desconocía el nombre de la enfermedad que roía las entrañas de la anciana, pero se preguntaba cuánto más podría aguantar por pura fuerza de voluntad.

—Tenemos que buscar la medicina en otra parte, tesoro.

—¿Dónde, mamá?

—En la ciudad.

La mención de aquel lugar lo hizo estremecer, y frunciendo el ceño aguardó a la pregunta.

—¿Me acompañarás, hijo mío?

—Por supuesto.

Dejaron a la anciana al cuidado de su esposo. Partieron ligeros de equipaje, y durante largas jornadas caminaron sin descanso, siempre en dirección a la ciudad más cercana. Evren se preguntaba si podrían pasar, si los dejarían entrar.

Lo hicieron, pero no por la puerta principal. Por lo visto allí había amigos para los que vivían fuera: les cedieron el paso por una entrada secreta.

—Somos meros comerciantes, hijo mío —le recordó su madre mientras

caminaban por un angosto pasillo—. Nos tolerarán pensando que traemos productos de otras ciudades con excéntricas costumbres.

Él asintió. Tenía el corazón a punto de salirse del pecho. Había acudido allí desarmado, y se sentía vulnerable, expuesto a todos los peligros de una ciudad llena de humanos como los que una vez amenazaron a su familia.

Pero todo cuanto había podido imaginar de aquel lugar quedó en nada cuando las puertas del corredor se abrieron, y se vieron lanzados a un lugar que a duras penas lograba describir.

Toda esa gente... Iban, venían, chocaban, hablaban, gritaban y discutían. Oía sus palabras, se mezclaban entre sí.

Los olores, tantísimos olores, todos superpuestos y a cual más intenso, más pestilente.

Olía cosas que no sabía que existieran: olía a cosas antinaturales, químicos y perfumes repugnantes. Y oía cosas que no creía que pudieran decirse: una variedad de insultos, de tonos de voz, de jerga extraña que en seguida hizo que le doliera la cabeza como si hubiera lanzado diez oleadas de ultrasonidos a la vez.

El ruido. Todos esos sonidos a la vez, taladrándole los tímpanos, y el hedor pestilente a ciudad.

No importó que su madre lo tomara de la mano, no importó lo reconfortante que fuera. Comenzó a temblar y cada paso se convirtió en un suplicio, cada segundo una eternidad.

Evren supo que no podía soportar aquello, que no iba a llegar hasta el final.

Se sintió avergonzado cuando la mujer lo llevó a un espacio apenas un poco más amplio, y le dijo que se sentara y aguardara. Se marchó, porque no podía quedarse a esperar a que su hijo recuperara la calma.

¿Lo haría? En ese momento el muchacho dudaba poder conseguirlo jamás. Dudaba que nunca volviera a ser la misma persona que era antes de entrar en aquel paraje infernal. Se hundió los dedos en el cabello, aovillado, sentado en una roca que no era tal, en un espacio demasiado pequeño, rodeado de olores y ruidos que no lograba

diferenciar.

Hasta que una voz se alzó por encima de las demás, más cercana, más tímida, y también más dulce:

—Ho... Hola.

Evren se enderezó bruscamente, sorprendido por aquel sonido tierno y agradable. Tragó saliva, intentó ubicar el origen de aquella voz. No pudo hacerlo, y eso lo puso todavía más nervioso.

Trató de concentrarse. Percibió un sutil olor... No, más bien fue como si lo impactara cuando su nariz dio en la dirección correcta. Era floral, como el aceite de lavanda que preparaba su abuela.

Salvo que allí no había lavanda. Todo estaba muerto y seco, todo era de piedra, de vidrio y de mentira.

Volvió a tragar saliva, y respondió al saludo con otro, tan trémulo que apenas se reconoció.

Notó un roce en el pelo, una delicada caricia.

—E... Estoy aquí —dijo la vocecilla infantil.

Volvió la cabeza bruscamente y tomó la mano que lo tocaba. Pequeña, notó; tan diminuta entre las suyas. Era sólo una chiquilla, una niña que olía a lavanda.

—¿Te...? —ella titubeaba al hablar, como si tuviera miedo, o vergüenza—. ¿Te encuentras bien?

Evren aspiró profundamente, pero al hacerlo todos esos olores nauseabundos le llenaron los pulmones. Sentía ganas de vomitar.

—Es... El ruido... Y el olor —confesó a media voz—. Me pone nervioso. Tanta gente...

Escuchó que su pequeña acompañante olfateaba.

¿Notaría ella algo? ¿Las personas de las ciudades eran conscientes del hedor que los envolvía?

—No eres de por aquí, ¿verdad? —preguntó la niña al final.

—No —respondió Evren—. No lo soy.

Ella se soltó. Después el muchacho sintió sus pequeñas manitas en la cara, cómo tiraba de él. Se dejó llevar hasta que su cabeza quedó apoyada contra el diminuto pecho de la chiquilla, cubriéndole un oído mientras el otro se apretaba contra el corazón.

El olor a lavanda lo envolvió por completo. Desaparecieron los demás olores, los demás sonidos. Rodeó la muñeca de la niña con los dedos.

—¿Así mejor? —preguntó ella.

—Sí —respondió Evren—. Gracias.

Sintió que la cabecita de la pequeña se apoyaba en la suya. Aquella intimidad quizá debería haberlo molestado; era un habitante de las ciudades. No obstante, le gustó. Más que eso, le pareció natural, perfecto.

—Soy Angie, ¿y tú?

Podía oír el rápido aleteo de aquel corazón infantil.

—Evren.

Así conoció a Angie: la pequeña y tímida niña, la que siempre había estado sola, la de inusual cabello azul... La que le dio consuelo a un esquivo desconocido como él.

Con sólo nueve años aquella chiquilla tenía un corazón más grande que el resto de la humanidad. Evren lo vio en seguida, lo sintió al apoyarse en su pecho, al tocar su delgada espalda infantil, cuando ella lo apoyó para hacerle olvidar el ruido y el hedor de la ciudad.

Luego su madre volvió. No la olió, no la escuchó, no la presintió regresar, pero lo hizo y tuvo que llamarlo para reclamar su atención. Avergonzado se dio cuenta de que notaba su olor muy cerca, como a miel, y se enderezó.

Cuando fue el momento de despedirse Angie le pidió que se inclinara. Él lo hizo.

Entonces la pequeña niña lo besó en los labios, un gesto tierno, casto, lleno de una dulzura e inocencia que partió en dos el corazón de Evren, y uno de los pedazos se quedó allí, en manos de la solitaria chiquilla, hasta que volvieran a encontrarse.

Octavo

La abuela de Evren mejoró con la medicina humana. Tuvo que tomar ese pestilente jarabe durante unos días, y unos polvos diluidos en agua que, no importaba qué se le echara, sabían a podredumbre. El muchacho temió que esa basura la hiciera empeorar, pero contra todo pronóstico empezó aponerse mejor, y el joven, en vista de que otros se encargaban de ella, volvió a sus descuidadas tareas comunes.

Disfrutó de un rato de soledad por primera vez desde hacía días, y lo apreció. Nadie a quien enorgullecer. Nadie a quien cuidar. Nadie atento a sus movimientos.

Sólo él junto al pozo.

Al menos hasta que su abuelo se acercó.

—Fue difícil, ¿verdad? —preguntó sin tapujos.

Evren tiró de la cuerda para extraer el cubo lleno de agua.

—Sí —admitió con igual sinceridad.

—Recuerdo el día en que llevé a tu madre —comentó el anciano—. Era más pequeña que tú, y se puso a llorar. En cierto modo me alivió saber que detestaba la ciudad.

—Parecía muy tranquila.

—Tú lo has dicho... Lo parecía. No puedo imaginar lo mal que lo pasasteis allí, hijo.

—¿Querías volver?

—No, jamás. Mi vida era aceptable en la ciudad... Pero aquí encontré mi hogar, mi entorno y mi familia. No desearía regresar a esos muros por nada que me dieran.

Evren asintió. Al igual que su abuelo prefería saber que su descendencia detestaba la ciudad, también a él le alegró saber que no añoraba aquel terrible lugar.

—Tu madre ha comentado que hiciste una amiga —dijo entonces el anciano.

El muchacho pensó en Angie. Rememoró su olor a lavanda, la calidez de su piel, la delgadez de su pequeño cuerpo, y pensó que no podría calificarla de amiga. Aunque

no tenía amigo alguno, sí podía reconocer el concepto, y no estaba a la altura de esa niña.

—Algo así —respondió al final.

—Algo así —repitió su abuelo—. ¿Quieres hablarme de ello?

—¿Por qué?

—Porque yo sí quiero oírlo.

Evren se quedó callado unos momentos más, mientras terminaba de izar el cubo.

—Fue natural —dijo finalmente.

—Era tu primera vez en la ciudad. Aun así encontraste algo bueno.

—Sí.

—¿Cómo te sentiste?

—Mal al principio.

Recordaba demasiado bien la asfixia de aquel lugar. El aire viciado, los olores embotándole la nariz, el ruido taladrándole el cráneo, y tanta gente, tan poco espacio en aquellas estrechas calles.

—Mamá me dejó esperando porque no podía avanzar —murmuró, sintiéndose todavía humillado por aquella experiencia—. Las piernas me temblaban.

—A ella también le pasó la primera vez.

—Me quedé allí y Angie vino. Creo que se preocupó. Habló conmigo y me envolvió con su olor, su voz y el latido de su corazón. Todo se volvió más natural con ella.

Evren se quedó callado un momento, mientras dejaba el agua en un cubo más grande y volvía a tirar el otro al fondo del pozo.

—Lamenté marcharme —admitió a media voz.

—Por la niña, supongo.

—Sí. Una parte de mí no quería irse.

Pensó un instante en lo que había dicho.

—No... —negó—. Una parte de mí se quedó.

Escuchó el leve resoplido de su abuelo, su seria manera de reír.

—En el fondo eres un romántico, Evren —comentó con voz jocosa.

—¿Lo soy?

—Tal vez, si tanto lamentabas dejarla atrás, esa niña sea tu pareja.

El muchacho movió bruscamente la cabeza a modo de negativa.

—No. No podría.

La idea resultaba atrayente.

—No —repitió de nuevo, volviendo a alzar el cubo del pozo al tirar de la cuerda—. Angie pertenece a la ciudad, y yo...

«Yo soy otra cosa», se dijo con cierta amargura, pues la posibilidad de que fuera su pareja le gustaba tanto como poco que no lo fuera.

—Evren, piensa en lo que la abuela te dijo hace poco —le advirtió el anciano—. Yo también era de ciudad. Nací en ella y crecí en ella, pero cuando llegó el momento vine aquí y me quedé. ¿Piensas que no puedes encontrar a tu pareja de igual modo?

—Nunca he pensado en una pareja para mí.

—Bueno, ¿y por qué no? ¿Tanto te hemos aislado?

—No lo sé. Siempre pensé que mi vida era cuidar de la familia, y nada más.

—Ay, muchacho...

Lo escuchó acercarse. Su abuelo le puso la mano en la baja espalda, y después subió hasta el omoplato.

—Vaya, pero qué grande estás... —masculló.

En respuesta Evren le puso la mano en el hombro, y ambos se dieron un firme apretón.

—Creo que finalmente la soledad te ha convertido en un ermitaño —comentó—. Pero no está todo perdido. Hijo, ¿te gustaría encontrarte de nuevo a esa niña?

—Sí —respondió él sin dudar—. Me gustaría. Querría hablar con ella, y poder cuidarla igual que a la familia. ¿Eso es malo? ¿No es raro?

—No, muchacho —el anciano le palmeó la espalda amistosamente—. Es como debe ser, y llegado el momento estarás con ella de nuevo.

—¿Cuándo será ese momento?

—Eso no lo puedo saber yo. Cuando tu corazón te lo diga.

Evren pensó un momento en las palabras de su abuelo. Pensó en Angie, tan pequeña y vulnerable.

—Ahora no —decidió—. Es demasiado joven para que le pida que abandone la ciudad y venga conmigo, ¿verdad?

—Probablemente.

—Y yo no estoy preparado para ir a buscarla de todos modos.

El anciano volvió a palmearle la espalda cariñosamente.

—Cuando lo estés, no dudes en ir. Mientras tanto sigamos trabajando.

Noveno

El día en que Evren cumplió los dieciséis años su abuelo le anunció que era hora de ir a cazar a solas, sin supervisión ni apoyo: sólo él con sus presas y sus armas en el bosque.

Su madre lo abrazó con fuerza aquella mañana, estrechándolo contra su pecho aunque ahora su pequeño era más grande que ella.

—Ya eres tan mayor, hijo mío —le dijo, orgullosa.

Se marchó un rato antes de mediodía, pertrechado con una de las pistolas más pesadas de su abuelo y un cuchillo de caza ceñido al muslo. Llevaba una mochila con algo de comida y agua, nada excesivo, pues volvería a casa al día siguiente a más tardar, exitoso o no.

Pero Evren confiaba en su aprendizaje. Confiaba en su abuelo, que le había enseñado todo lo que sabía, lo que aprendió en ciudades y bosques por igual. Si él había considerado que estaba preparado, tenía que estar a la altura.

Hubo un solo instante de temor, justo cuando se adentraba entre los árboles y se disponía a buscar una presa. En ese breve momento pensó en la posibilidad de regresar con las manos vacías.

Se deshizo en seguida de aquel pensamiento. Si lo hacía, bien, en otra ocasión sería mejor; nadie podía tener éxito en todas las cacerías.

De modo que se deslizó entre los árboles escuálidos y retorcidos, pero muy vivos, y buscó. Los animales se ocultaban de potenciales depredadores, pero había aprendido a olerlos, a oírlos, a sentirlos.

No tardó más de un par de horas en percibir un rastro.

Era leve, pero ahí estaba. Unas ramas bajas rotas al paso de un animal grande, pero no demasiado; sus pisadas, ligeras pero aun así palpables para quien sabía buscar, mostraban que andaba sobre dos patas a grandes zancadas, balanceando su cuerpo. Pesado, pero no demasiado.

Tras un breve examen de las huellas Evren adivinó que se trataba de un *dargo*, una reptil que corría sobre sus poderosas patas traseras. Podía ser de un tamaño importante, pero aquel no lo parecía. Por la señal dejada por sus garras era poco más que una cría, quizá un adolescente solitario que hubiera perdido a sus padres. Esa sería una razón por la que estuviera en aquella zona: los *dargo* hacía mucho tiempo que habitaban en lugares más benignos, con menos caza humana.

Casi podía visualizarlo en su mente: de tamaño pequeño, andando con temor en un paraje hostil, agachando la cabeza. Probablemente tendría hambre, lo que lo volvería agresivo pero también más débil; si era demasiado joven no sabría cazar, o no podría atacar a presas lo bastante grandes como para saciar su apetito.

Evren mantuvo la pistola desenfundada, siguiendo las huellas, las ramas rotas y las hojas pisoteadas por un animal cada vez más nervioso.

El rastreo duró hasta bien entrada la tarde, no obstante, pues la pobre bestia daba vueltas sin cesar, a menudo muy deprisa. El *dargo* estaba claramente perdido, desubicado y asustado.

«No empatices con tu presa», se recordó mientras seguía la búsqueda. «Es ella o tú. Tienes que alimentar a tu familia, igual que sus padres la alimentaron a ella».

Por fin el seguimiento incansable dio sus frutos.

Primero escuchó el sutil sonido del agua. Se mantuvo oculto, deslizándose tras unos arbustos, y prestó atención.

Un leve goteo, sí. Después una criatura que tragaba. Estaba cerca, bebiendo. Evren se había alejado bastante de la zona conocida y no estaba del todo seguro de si era una charca o un arroyo. El agua no parecía discurrir demasiado bien, de modo que quizá era un lago pequeño.

El joven puso toda su atención en los sonidos de la criatura. Volvía a beber, estaba seguro. Su respiración se acompasaba a los tragos, y era ligera, temblorosa. Estaba cansada y asustada.

Lentamente Evren movió el brazo, apuntando por entre las ramas del arbusto hacia el *dargo* que, sin saber que estaba siendo acechado, se enderezó y sacudió su

pequeña cabeza de serpiente.

Sin titubear apretó el gatillo.

El estruendo fue brutal, pero su presa no tuvo tiempo de intentar escapar: el impacto dio de lleno entre sus costillas, y con un vibrante y agudo gemido la infeliz bestia se desplomó a orilla del agua.

El joven sintió el intenso regocijo de la presa abatida, de la victoria en la caza.

Pero esa emoción se congeló en su pecho cuando escuchó el fuerte movimiento del agua cuando una criatura rompió la superficie.

Con un rugido una bestia más grande y peligrosa se lanzó contra el *dargo* caído con intención de arrastrarlo a las profundidades.

—¡No! —gritó Evren.

Salió de su escondite, buscó la pesada respiración del animal que ya cerraba sus fauces en la presa y disparó.

Supo que había dado en la diana por el modo en que la bestia rugió de dolor, soltando momentáneamente al *dargo*, pero también que una bala no era suficiente para detener a aquella inmensa mole que en seguida volvió a atrapar al animal muerto para llevárselo al agua.

—¡Ni hablar!

En vista de que el arma de fuego tenía una utilidad limitada con aquella fiera, Evren la enfundó, desenvainó el cuchillo de caza y se lanzó sin miedo contra su enemigo.

Escamas, notó de inmediato. Cuatro patas cortas, una cabeza grande, largo morro. Como un cocodrilo, pero mucho más grande.

Al saltar sobre su lomo se arañó el muslo con las agudas espinas dorsales. Gruñó, empuñó su arma y la clavó.

La bestia rugió y se revolvió.

Evren percibió el movimiento ondulante de aquel alargado cuerpo cuando alzó la cola... Y por instinto se giró de medio lado para cortarle la punta, que se tiraba hacia él con un aguijón que segregaba un veneno de olor dulzón.

El animal cimbrió la espalda bruscamente, intentando tirarlo, pero el joven se aferró a las espinas con una mano, cortándose, y clavó el cuchillo de caza entre las escamas sobre la columna.

Lo clavó una y otra y otra vez, agarrándose sobre la espalda de su enemigo con todas sus fuerzas, hasta que al final la perseverancia, la fortaleza y la disciplina derrotaron la fiereza de la bestia, que se derrumbó, agotada, y finalmente murió.

Respirando agitado, herido y en tensión, Evren lanzó un resoplido.

—Me niego... A permitir... Que nadie robe la comida de mi familia.

Se tomó un minuto para recuperar el aliento. Luego se hizo unas curas rápidas al muslo herido y la palma de la mano, y empezó a reunir madera con la que construir una tabla donde arrastrar a sus dos presas de vuelta a casa.

Décimo

Las heridas lo retrasaron.

Era noche cerrada y seguía dirigiéndose a casa. El vendaje improvisado en el muslo ya estaba empapado en sangre, y aunque no era mortal, sí dolía terriblemente. Había pensado en pasar la noche al raso, pero temía que el olor de sus presas atrajera algún depredador, y no estaba en condiciones de luchar otra vez.

De modo que siguió. Sólo tenía que arrastrar el improvisado trineo hacia su hogar.

Y tenía ganas de llegar. Quería alcanzar la casa y poder decir que no sólo había conseguido una presa, sino dos. Estarían orgullosos de él. Era lo que más anhelaba: el orgullo de su familia.

Esas tres personas con las que vivía eran lo más importante para Evren... Salvo, tal vez, por una única excepción que vivía en la ciudad, y algún día, con suerte, entraría a formar parte de su círculo más cercano.

Pero aún no.

Algún día, se había prometido, cuando fuera capaz de ir, cuando la niña ya no fuera tan pequeña... Entonces iría a buscar a Angie.

Todavía no estaba preparado, e intuía que ella, demasiado joven para abandonarlo todo, tampoco.

De modo que Evren trataba de concentrarse. Con un paso tras otro arrastraba sus presas de vuelta a casa mientras el sol terminaba de caer.

No había diferencia para él. Con la densa venda cubriéndole los ojos, con los párpados cerrados, no había ni un ápice de luz en su oscuro mundo, y no le importaba que así fuera.

De noche o de día él veía igual: con el oído, con el olfato, con el instinto y la percepción de los ultrasonidos.

Pero estaba demasiado cansado y demasiado débil para utilizar su habilidad, de modo que confió en el resto de sus sentidos.

Si hubiera estado menos agotado después del rastreo, la lucha y arrastrar dos cadáveres por medio bosque, hubiera podido prestar más atención a la trampa. La sorteó por costumbre, pero no se dio cuenta de que había sido activada, y el infeliz mutante yacía en el agujero, empalado.

Si sus heridas fueran menos graves, Evren quizá hubiera notado el olor de los muertos que llenaban todas las trampas, las que protegían su hogar de los peligros del exterior.

Pero no podía. Su sangre embotaba sus propios sentidos, impidiéndole percibir nada hasta que con la punta de la bota rozó algo blando que no debía estar allí.

Soltó el trineo y sacó su cuchillo en un fluido movimiento, pero nada lo atacó.

Frunciendo el ceño se agachó con cautela y tocó el brazo terminado en agudas garras. Estaba separado del resto del cuerpo, que yacía un metro más allá. Una de las trampas explosivas de su abuelo.

Fue entonces cuando se preocupó, aunque sólo un poco. No porque las trampas hubieran sido activadas; eso era bueno, significaba que funcionaban, que su casa seguía siendo segura pasara lo que pasara, sino porque a la caída del sol se retiraban los cuerpos, se quemaban lejos de allí para que no atrajeran a bestias devoradoras de mutantes.

Pero allí estaba aquel, desmembrado y, ahora que se fijaba, apestando a sangre derramada.

«No tiene mucha importancia», se dijo Evren, levantándose con dificultad. «Probablemente acaba de caer».

Aun así se apresuró un poco en su regreso hasta la casa, porque el cuerpo estaba demasiado frío como para ser reciente.

En su ansiedad por llegar no percibió el olor que se mezclaba con el hedor a mutante muerto: un olor conocido a sangre derramada, no la suya, sino la de alguien más.

Alguien a quien quería.

No fue consciente del silencio atronador ni la peste a muerte hasta que un sonido

quebró el aire: no del viento que se levantó de pronto, sino de la puerta que, empujada por éste, se abría y cerraba al chocar con algo que la obstruía desde dentro.

Fue en ese instante en que Evren lo sintió. Como una garra fría oprimiéndole el corazón, el miedo le atenazó la garganta.

Soltó el trineo y corrió.

No le importó el silencio.

—¡Mamá! ¡Abuelo, abuela!

Empujó la puerta con fuerza hasta que logró abrirla.

Deseó no haberlo hecho.

Durante los años siguientes deseó mil veces no haberlo hecho.

El olor lo golpeó con la fuerza de una maza: la sangre, la carne desgarrada, la muerte se olía en el que había sido el centro de su hogar, el salón donde su familia comía todos los días.

—¡Mamá! ¡Mamá!

Llamó a gritos, con desesperación, pero nadie respondió, nada se movió.

«No, no, no, no», pensó frenéticamente.

Aunque estaba cansado y débil, aunque el terror le helaba las entrañas y espesaba su mente, se concentró para lanzar una oleada de ultrasonido, y en el segundo que tardó en regresar a él rezó por primera vez en su vida: rezó para que nada estuviera mal.

Entonces la ola regresó. Trajo consigo las imágenes más espantosas que jamás hubiera visto hasta entonces, y que nunca volvería a ver.

Su madre estaba en el suelo, tendida en una posición antinatural. Su abuela en el camastro, con un brazo colgando y el pecho irregular por las costillas rotas. El cuerpo de su abuelo había estado bloqueando la entrada, despedazado, probablemente el último en caer.

Su cabeza estaba a un paso de Evren.

Sólo la cabeza.

El muchacho perdió la capacidad de mantenerse en pie. Cayó de rodillas, sintiendo náuseas.

Extendió las manos, y con dedos temblorosos tocó lo que no quería creer que estuviera allí.

La cara de su abuelo era suave y estaba mojada de sangre.

—A... A...

No podía hablar.

Tomó entre sus manos la cabeza arrancada. Pesaba muy poco. Tenía una herida en la sien, y la mandíbula inferior colgaba, lánguida y rota.

Rota.

—Abu... e... lo...

Pronunciarlo fue lo peor que podría haber hecho.

Llamar a su abuelo, que yacía muerto y desmembrado en el comedor, le hizo ser consciente de que a su abuela le habían arrancado el corazón y los pulmones, que su madre yacía con el cuello abierto a unos metros de él, y que toda su familia, toda, había sido destruida.

Presa del pánico, Evren comenzó a gritar.

Epílogo

Siete años más tarde

El hombre, poco más que un muchacho, lanzó un grito tembloroso cuando el cañón del arma lo apuntó, certero.

—¡No dispaes, soy humano, soy una persona! —exclamó con horror.

Evren se quedó unos momentos así, todavía encañonando al que había intentado tomarlo por sorpresa.

Luego bajó la pistola y volvió a enfundarla. Escuchó el suspiro de alivio del hombre, pero no le hizo le menor caso: siguió recogiendo el arcaico hornillo de gas y la tienda de campaña.

—E... Eres difícil de encontrar —musitó el desconocido con una leve y nerviosa risilla—. Eres Evren el Cazador de Mutantes, ¿verdad? Gabardina, la v-venda...

Él puso todas las cosas en la mochila y la colgó a su espalda.

—Sí —respondió con indiferencia.

Después dio la vuelta y echó a andar.

Fue consciente que durante unos momentos aquel hombre se sorprendió por la soltura de sus movimientos.

Muchos lo conocían, ciudadanos y cazadores. Sabían que llevaba sus ojos vendados. Sabían también que eso no le impedía ver... O por lo menos eso creían todos.

Su historia le precedía; una historia que no deseaba, pues su único anhelo era acabar con todos los mutantes, esas bestias que destruyeron su familia. Los humanos no le importaban: eran unas criaturas patéticas y endebles, demasiado débiles para el duro mundo que intentaba tragárselos.

—¡Eh, espera! —exclamó el desconocido, y escuchó sus pasos siguiéndolo.

Con poca paciencia Evren sacó su arma otra vez y lo encañonó. Lo escuchó dar un grito.

—¡Por favor, por favor, soy sólo un mensajero, un simple mensajero! —exclamó.

~ 44 ~

—Pues dame tu mensaje y vete —replicó, mordaz.

Lo escuchó revolver en el interior de una bolsa, probablemente llena de tarjetas de información holográfica o de audio.

Se sorprendió, no obstante, cuando el hombre le alargó su mensaje... Y no era de metal ni vidrio, sino de papel. Endeble, frágil e inútil papel.

—¿Qué es esto? —exigió saber.

—T... Tu... Tu mensaje.

Aquello era absurdo. Una burla. Apoyó el cañón de su pistola en la frente del desconocido, que lanzó un gemido de horror.

—Por favor, por favor, por favor...

—¿Quién?

—¿Qué?

—¿Quién le envía una carta escrita a un hombre que no puede ver?

—No lo sé.

—Pues lee y dímelo, porque no tengo mucha paciencia.